

Barbarie en "Los Diamantes"

Seguramente para muchos de los precaristas que invadieron la finca experimental Los Diamantes, cuando cortaron los pejibayeros solo estaban cortando eso: palmas de pejibaye, nada más. De la misma forma, para los españoles que quemaron los manuscritos que recopilaban todo el saber del imperio azteca, tan solo estaban quemando garabatos de bárbaros. Nuestros precaristas al fin y al cabo solo pasaron así a la compañía de los soldados salvadoreños que hace pocos años destruyeron las colecciones biológicas, se limpiaron con el papel de los herbarios y vendieron los microscopios de la universidad que habían invadido.

Para el científico, sin embargo, la destrucción de la colección de germoplasma de pejibaye es una tragedia, porque se acabó con toda una sección de las más extraordinaria de las bibliotecas: la biblioteca de la vida, escrita con letras orgánicas en el lenguaje del ADN tras millones de años de evolución.

La importancia de esta información fue reconocida desde tiempos de Darwin, quien escribió en su «Origen»: «Nadie supone que los individuos de una especie se han fundido en un solo molde. Las diferencias individuales son para nosotros de la mayor importancia, porque, según es sabido, se heredan con frecuencia: de esta manera procuran materiales para que se acumule la selección natural.» En la colección destruida estaba la información para vencer plagas, crecer en terrenos pobres y dar frutos más grandes y nutritivos. Lo peor no es solo que los culpables de su desaparición nunca serán castigados (y tal vez nunca comprendan lo que hicieron), sino que esos beneficios nunca llegarán a favorecer a nuestros descendientes: